

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.



EL SEÑOR

D. Matias Metola y Casado

ha fallecido á los 85 años de edad.

(R. I. P.)

SUS HIJOS EL SR. DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE,
CANÓNIGO LECTORAL DE ESTA S. I. M.; D. LUCAS,
D. CIPRIANO, D. GREGORIO, D. JUAN Y DOÑA
JUANA, HERMANOS POLÍTICOS, NIETOS, VIZ-
NIETOS Y DEMÁS PARIENTES Y AMIGOS

Ruegan á los amigos á quienes por un olvido involuntario no hayan recibido invitacion se sirvan encomendarle á Dios y asistir á su entierro y funerales que tendrán lugar en la Iglesia parroquial de Sta. Agueda, el primero esta tarde á las cuatro, y los segundos en los días 18 y 19 á las diez de sus mañanas, por cuyos actos de caridad le quedarán reconocidos.

Burgos 16 de Enero de 1886.

REMORDIMIENTOS DE UN CRÍMEN.

I.

El conde Wifredo de Cerdeña (1).

Montañas regaladas
son las del Canigó,
coronadas de plata
y vestidas de flors.

(Cancion rosellonesa.)

Elevábase en el siglo XI, en uno de los valles que hoy forman parte de la Cerdeña francesa un vetusto monasterio dedicado al santo guerrero, y mas tarde Obispo San Martín de Tours. Databa este edificio de los tiempos de la primitiva Iglesia y en su recinto iban los guerreros á colgar las armas que conquistaban á sus contrarios en los combates, antes de los cuales invocaban al Santo, trayéndole despues como presente las armas conquistadas. Sombríos era por demás el edificio rodeado de montañas que elevaban sus picos hasta las nubes, y sombreado por negros bosques de abetos cuyas ramas horizontales tocaban las paredes del templo, destacándose sobre ellos las torres almenadas de San Martín que, á usanza de aquellos tiempos, era mitad fortaleza, mitad iglesia; y si bien colgaban de sus románicos ventanales cuatro grandes campanas, en las almenas llenas de saeteras se veían en vigilancia con su arco al hombro los monjes, que sobre sus negros hábitos ostentaban su

1 Hijo de Oliva Cabreta, que tenía este apodo por su ridicula tartamudez, pues parece que al ponerse á hablar tenía necesidad de dar algunos saltos para poder pronunciar sus palabras.

férrea coraza y cubrían con el yelmo su rapada cabeza. Los religiosos de los solitarios monasterios debían estar siempre alerta en aquellos tiempos para no ser víctimas, no solo de los alarbes, sino de las muchas cuadrillas de bandidos y de la rapacidad de algunos señores feudales, que no hacían escrúpulo de despojar la casa del Señor; pues, á pesar de la conversión de Recaredo, algunos en España conservaron su resto de arrianismo ó herejía, y no respetaban en sus costumbres bárbaras la casa de Dios.

Era al caer de la tarde. Un guerrero á caballo se dirigía al monasterio de San Martín, cuando vió venir del lado opuesto otro guerrero también montado. El primero era un hombre de mediana edad, alto, grueso y fornido, parecía haber nacido con la armadura; el otro era joven: sus miembros flexibles y su ligereza lo daban á conocer. Al llegar á la puerta del templo ambos desmontaron, pero el monje que estaba de atalaya les gritó, encarándoles el arco armado:

—¡Alto! ¿Quién sois?

—Gente de paz, padre, dijo el mayor, ¿No conoceis á nuestro señor el conde Wifredo de Cerdeña?

El monje levantó el arco y dijo:

—Dios bendiga al conde nuestro señor.

El guerrero joven retrocedió al oír el nombre del Conde, lo cual visto por éste, y como no pudiera conocerlo, pues ambos llevaban el rostro cubierto por la celada, se dirigió á él y le dijo:

—Supuesto que sabeis mi nombre, desearía también saber quien sois.

—No me conviene decirlo, contestó el guerrero; quedad con Dios.

—No será así, dijo el Conde, y vuestra voz os delata. Temo ¡vive Dios! conocer demasiado y que bajo de esa armadura se esconde un desecho de mi sangre. ¿Sois mi sobrino Bernardo?

—Sí, lo soy, dijo el joven levantando su visera y mostrando unas facciones cuyos lábios apenas sombreaba ligero bozo.

—¿Y osáis presentaros ante mí? gritó el Conde exasperado.

—¿Y por qué no? exclamó el joven, rojas de ira sus bellas facciones. ¿Soy acaso yo quien debe esconderse? Vos, que nos habeis quitado nuestros bienes á la fuerza, sin tener en cuenta que somos hijos de vuestra hermana; y siendo ladron, como lo sois, vais al templo á orar ante San Martin. ¿Qué vais á hacer allí, conde de Cerdaña? ¿Vais acaso á apoderaros de los basos sagrados, los cuales son hoy de plata en lugar de ser de madera como antes? No me extrañaria, porque para vuestra codicia nada hay sagrado.

—¡Ira de Dios! gritó el Conde fuera de sí, que no lo has de repetir, ¡miserable!

Y arrojándose sobre su sobrino le cogió con sus robustas manos y lo entró en el templo, mientras el monje de atalaya gritaba:

—¡Atrás, sacrílegos! no derrameis la sangre en la casa de Dios.

Y la gran campana de la torre dió el toque de alarma.

Lucharon los dos hombres en el templo, como dos fieras, abrazados uno con otro.

—Te arrancaré la lengua, gritaba el Conde furioso; ¡infame! te mataré.

—Ladron de mi familia, decia jadeante

el joven; ahora las pagarás todas y nos devolverás mil de tu grado lo que nos robaste.

La alarma cuada; las campanas tocaban á rebato, y se oían los pasos y el crugir de las armaduras de los monjes que atravesando el coro bajaban á la iglesia. De pronto el Conde arrancó su daga del cinto y por entre las junturas de la armadura de su sobrino se la hundió en la garganta. El joven dió un grito y cayó aplomado, interin que el Abad acompañado de los monjes se presentaba en el presbiterio alumbrado por las antorchas que llevaban los legos.

—¡Atrás, sacrílego! gritó el Abad.

—Soy tu señor, dijo el Conde con energía.

—Mi señor es Dios, gritó mas fuerte el monje: acabas de profanar la casa del Señor con un asesinato. Conde Wifredo de Cerdaña, asesino de tu sangre, ¡caiga sobre tí el anatema!

—¡El anatema! repitieron horrorizados los allí presentes, apartándose todos.

El Conde, medio loco, perdida la cabeza, huyó sin saber lo que hacia, en tanto que su sobrino se revolcaba en un lago de sangre con las ansias de la muerte.

—Ciérrense las puertas del templo, dijo el Abad, y mañana partirá un monje para Roma á participar al Papa Sergio IV que el templo de San Martin ha sido vilmente profanado. Quitense de él los vasos sagrados y las imágenes santas, pues despues de este sacrilegio ya no es el templo del Señor.

Y así se hizo: se descolgaron las lámparas y los ex-votos, se quitaron las imágenes, y cuando al día siguiente penetra-

ron los rayos de sol en la Iglesia no se veían en ella más que cuatro vetustas paredes y en el suelo una inmensa mancha de sangre negra.....

II.

La expiación.

Pietà, pietá, Signore,
é grande il fallo mio,
ma io so che non he meno,
Dio mio la tua bontá.

Hay en la antigua Cerdeña un monte fragoso que forma parte de los Pirineos y ostenta su cabeza cubierta de eternas nieves. Este monte se llama el Canigó.

En 1009 era de lo más salvaje que imaginarse puede; sus bosques eran inmensos, y apenas podía darse un paso en aquel terreno cubierto de malezas y completamente inculto, en que solo se veían unas cuantas cabañas, cuyos moradores huraños y feroces eran verdaderos salvajes, cuya única industria era el carbon y el mineral que se sacaba enonces de la montaña. Estas gentes no tenían ninguna idea de cristianismo y vivían allí entregados á sus instintos feroces, aisladas en medio de Europa. Una mañana apareció un guerrero acompañado de otros muchos, subiendo lo mejor que pudo aquellos riscos que espantaban, pues á cada instante se corría inminente peligro de muerte. Llegaron á una especie de meseta que formaba la pendiente de la montaña y allí se detuvieron.

Sentóse el guerrero en el tronco de un árbol cortado y se quitó su casco: era Wifredo, conde de Cerdeña, pero envejecido en diez años. Entonces hizo seña

á una dama que le acompañaba, é indicó con el gesto á los demás que se retiraran. La dama era una matrona ya de alguna edad; sus facciones desabridas dejaban ver los restos de una belleza en su ocaso.

—Isabel, dijo el conde; hé aquí el lugar. Maldecido por el Papa Sergio IV á causa de la muerte de mi sobrino, no he podido obtener su perdon sino con la condicion de reparar en lo posible el crimen cometido. Tú lo sabes, esposa mia; todas las noches se me presenta la misma sombra. Al caer la tarde, cuando alumbraba el crepúsculo, se abría la pared de nuestro aposento y le veía á él, á Bernardo, pálido, con sus ojos inmóviles, sin voz y su garganta atravesada, oía que del abismo salía aquel grito que cortó mi daga homicida cuando le atravesó el cuello, y por todas partes veía su espectro y oía las grandes campanas de San Martín, que tocaban á rebato y el grito del Abad que resonaba en sus bóvedas y decía: «Caiga sobre tí, conde de Cerdeña, el anatema.» ¡Horror, Isabel, horror! Aquí, Isabel, añadió, levantaré un monasterio para acuerdo eterno de mi crimen, y lo dedicaré á San Martín, cuyo templo profané; devolveré á mis parientes lo usurpado, daré mi condado á mi hijo y yo me retiraré al monasterio para morir entre cuatro paredes. Esta fué la penitencia que me impuso el Papa Sergio cuando fui á Roma para arrojarme á sus piés. Aquí me quedo, Isabel, tú partes ahora y en el cielo nos veremos, esposa mia; parte junto á nuestro hijo y pedid perdon para mi ambos.

Isabel bajó la cabeza, y levantándose

después, enlazó con sus brazos el cuello del Conde.

—Esposo mío, dijo, cuando en el templo de Dios nos unieron para siempre, el sacerdote me dijo que debía dejarlo todo para seguir á mi esposo; sé mi deber, Wifredo. Feliz, disfruté con vos días alegres; desgraciado, participaré de vuestras penas y os consolaré. ¿Me quereis con vos, Wifredo?

—¿Y os encerrareis entre cuatro paredes? dijo el Conde enternecido.

—Con vos en una cueva, dijo la Condesa; Dios nos unió en este mundo y nadie sino él nos separará.

El Conde cayó de rodillas ante su esposa, y poniendo su cabeza en su regazo lloró como un niño.

—¿Llorais, Conde? dijo Isabel; ¿os afligis?

—No, no, exclamó Wifredo; lloro de felicidad, porque veo que Dios me ha perdonado, y la prueba es que tengo á mi lado un ángel en vos, y no volveré á ver aquel espectro que me mata.

El monasterio fué adelantando y el templo también, y aquel país salvaje recibió la luz del Evangelio. El edificio fué sombrío y triste, como ideado por una persona presa del remordimiento. Las celdas eran cavernas sin luz, respirando todo la mas austera penitencia; aquello era una tumba, no un edificio. El Conde y su esposa se encerraron en una especie de cárcel, en la torre de las campanas. Desde allí el Conde oía el triste bronce que le recordaba su crimen, y al bajar al templo veía la imagen de San Martín, cuyo rostro severo parecía aún reprenderle su sacrilegio. Llegó un día

en que el ángel que Dios había dado por compañera á Wifredo subió al cielo. Isabel, haciendo penitencia por pecados que no había cometido, fué á pedir á Dios por su esposo, y cuando el Conde desconsolado besó por última vez la frente de su esposa moribunda, ésta le señaló el cielo y le dijo con voz apagada:

—Nos veremos allá.

Muerta su esposa, Wifredo hizo sus votos, y exigió de sus monjes, á fuer de fundador, que jamás sería abad él, sino siempre monje obediente. Murió pidiendo perdón á Dios, y al oír el toque de agonía que daban las grandes campanas del monasterio, dijo al Abad:

—Así tocaban, Padre, cuando maté á mi sobrino.

Estas fueron sus últimas palabras.

El monasterio de Canigó fué mas tarde uno de los mas célebres del orbe católico, pero su aspecto sombrío siempre recordaba que fué fruto de los remordimientos de un crimen; y cuando el viajero se detenía ante la tumba de Isabel de Cerdeña, decía: «Ahí descansa un ángel;» mientras que al pasar delante de su esposo murmuraba un *De profundis* y exclamaba: «¡Paz á los que no existen!»

(Del Diario de Sevilla).

LA FELICIDAD EN LA INDIGENCIA.

Paseando una tarde por el campo, se acercó á mí un pobre anciano y me pidió una limosna. Saqué del bolsillo las monedas que llevaba para elegir una de cobre; pero todas eran de plata, y la menor de una peseta. Iba á decirle «per-

done, hermano, que no llevo suelto,» cuando fijándome en él, llamó mi atención su porte digno y su actitud humilde; y tal fué el impulso secreto que experimenté, que tomé dos y se las puse en la mano.

—Dios le premie esta acción generosa,—me dijo—y le haga tan feliz como lo soy yo.

Entonces le miré mas á la cara, observé la noble expresión de sus ojos, y lleno de curiosidad le pregunté:

—¿Conoceis, pues, la felicidad, para deseármela como decís?

—Creo que sí, pues estoy contento con el papel que represento en el mundo.

Admirado de estas palabras y creyendo mi interés, le repliqué:

—¡Ah! Si me explicase usted lo que acaba de indicarme, bendeciría el momento de haberle encontrado.

—Pues escúcheme usted breves momentos. Voy á cumplir sesenta años, y mi vida ha sido un sufrimiento casi continuo. Mis padres eran pobres, pero honrados, y los perdí aun muy niño; mi madre sólo pudo enseñarme á leer y á rezar, dejándome por única herencia sus consejos y un librito, cuya lectura y meditación me recomendó eficazmente. Sin recursos y sin apoyo, víme precisado á pedir limosna para subsistir, hasta que, por caridad, me recogieron unas buenas gentes, compadecidas de mi angustiosa situación, á las que guardo en el alma una eterna gratitud. A su lado aprendí un oficio, con el que, andando el tiempo, pude lograr vivir sin estrechez y hasta hacer algunos ahorros, con un trabajo asiduo y constante. ¡Si viera usted

cuánto me costó alcanzar este anhelado bien! Cuantas veces estuve á punto de perderme, agobiado por la necesidad, abatido por el desaliento y en lucha con las pasiones; pero pensaba én mi madre acudía al librito que me dejó y salvaba el abismo en que estaba á punto de precipitarme.

Siguiendo los impulsos de mi corazón, contraí matrimonio á los veinte y cuatro años, cifrando en este estado el bienestar con que soñaba; nuevos tormentos acibararon aquellos días de la vida; mi mujer, seducida, abandonó su hogar y correspondió á mi fidelidad con un proceder tan culpable; pero la perdoné al verla volver á mi lado y morir sinceramente arrepentida. Dejéme un hijo de este desgraciado matrimonio; y en vez de ser él mi consuelo, su mal carácter y sus perversos instintos me llenaron de amargura, en términos que las lágrimas no cesaron de correr en los diez años que vivió; al espirar en mis brazos, todo lo olvidé, y mi última palabra fué de perdón. Volvió á ser el trabajo mi único pensamiento, pensando en economizar para la vejez; pero perdí mis ahorros; porque los hombres en cuyas manos los confié, me engañaron.

Tantas desgracias y tantas contrariedades pusieron á dura prueba mi paciencia, y mas de una vez, sobreponiéndose los malos sentimientos del corazón, llegué á respirar odio y venganza; pero la memoria de mi madre y la lectura del librito que me había dado los modificaron de un modo maravilloso, haciéndome experimentar la inexplicable satisfacción de perdonar á todo el mundo. Así llegué

al último tercio de mi vida, y no pudiendo ya trabajar, volví á pedir limosna, hallándome tranquilo y contento porque la caridad me sostiene y cuida de mi subsistencia, como hoy, por ejemplo, que he tenido la suerte de encontrar á usted y me ha socorrido nada ménos que con dos pesetas, que servirán para pagar el alimento que tanto necesito.

—Hasta ahora solo veo que usted es un buen hombre y desgraciado, pero no comprendo donde está esa felicidad que me desea, en la indigencia y en la soledad en que usted vive.

—Aunque me vé usted solo, no lo estoy tanto como cree. El pobre puede verse abandonado de los hombres, pero nunca de Dios, porque es su predilecto. Él me acompaña siempre; vive en mi alma, prodigándome consuelos infinitos, y no abrigo el temor de que me deje; hace que no me falte la limosna y coma con buen apetito el pan que con ella compro; al cabo de mis años ignoro lo que es una enfermedad; no conozco la ambicion; no sé lo que es envidia; no me seducen las vanidades de la tierra, y muchas veces, al pasar ante mi vista esos potentados que llevan impresa en su rostro la huella de goces materiales y la conciencia manchada con grandes culpas; que el mundo conoce y no castiga, antes bien, consiente y adula, exclamo para mis adentros: ¡Pobre de tí! Juguete de la vanidad y de las pasiones, cuánto dieras por dormir tan tranquilo como yo. Si ellos me desprecian por mi pobreza, yo les compadezco por su desgracia, y cada uno sigue su camino. ¿Va usted comprendiendo ahora?

—Algo mas, pero no todo.

—Pues agregue usted á esto que no tengo remordimientos, que mi conciencia está tranquila, que mi memoria no me recuerda haber causado daño á nadie, que he hecho el bien y perdonado á quien me ha hecho mal, y que mi pobreza descansa en Dios, teniendo por base y apoyo la dulce esperanza de su posesion despues de la muerte. ¿No es esto una felicidad que solo conoce el que tiene estos sentimientos?

—¿Y cómo ha podido usted obtenerla para gozar de sus preciosos efectos?

—Con los consejos de mi madre y la práctica de lo que dice el librito, que me leyó: «Mira, hijo mio (fueron sus palabras en el lecho de muerte), no te dejes de bienes materiales, porque nada poseo, pero graba en tu corazon mis últimas advertencias y no las olvides jamás, porque creo son las únicas que pueden hacer la felicidad en la vida transitoria del mundo y asegurar la del otro.

»Ten fé, esperanza y caridad. Con la primera estarás siempre en Dios, y El estará contigo: con la segunda, aprenderás á tener resignacion en la contrariedad, convirtiendo las lágrimas que viertas en manantial de dulzura, que ella sola infiltra en el corazon: con la tercera, tendrás abiertas las puertas del cielo, que es la morada á que debe aspirar el cristiano, mereciéndola por sus buenas obras. Y para que comprendas mejor lo que te digo, y lo practiques como deseo, toma este librito: léelo constantemente; apréndelo de memoria; medita mucho sobre lo que dice; haz cuanto en él se ordena, y ajusta tu vida, en to-

das ocasiones, á sus sábios preceptos. Sólo así serás verdaderamente feliz, porque tu alma, que tienes el deber de salvar, aunque se halle afligida por los dolores del mundo, estará llena de paz, que es la bendición de Dios.»

—¿Pero qué librito es ese?

—Aquí le tiene usted,—dijo el pobre, sacándole del bolsillo de su raída chaqueta;—el Catecismo de la doctrina cristiana, que nunca se aparta de mí; este es el tesoro que me entregó mi madre, al que debo la dicha terrenal mientras viva, y deberé otra eterna para después de la muerte. ¿No es cierto que este pensamiento es consolador como ninguno? dijo, humedeciendo sus ojos las lágrimas, que no pudo contener y que revelaban una emoción profunda en su alma. ¿Y ahora qué dice usted? ¿Cree que soy realmente feliz pidiendo una limosna?

—Profundamente conmovido á mi vez, le contesté: «Hermano mio, tiene usted razón; le envidio y ojalá todos los pobres se resignaran así con su suerte, conociendo y practicando las máximas de ese libro sin igual. ¡Qué bien tan grande sería para ellos y para la sociedad! Ahora sí que bendigo el momento de haber encontrado á usted. No lo olvidaré jamás.

Alejandro Nofriga.

VARIETADES.

Los periódicos de París publican una protesta muy significativa contra las últimas disposiciones dictadas para la completa secularización de los hospitales de aquella ciudad. De 225 médicos y cirujanos agregados á estos establecimientos, 215 han dirigido últimamente una

carta al ministro del Interior pidiéndole que sigan siendo las religiosas las encargadas de prestar sus servicios en los hospitales de aquella capital.

Al dar este paso, dicen los firmantes, creemos obrar en interés de los enfermos confiados á nuestros cuidados, y al propio tiempo en interés del buen orden y de la buena marcha de los hospitales y establecimientos de beneficencia de París.

Entre los firmantes de esta protesta figuran personas distinguidas de todos los partidos, incluso republicanos, materialistas, libre-pensadores y todas las eminencias médicas.

PENSAMIENTOS.

Decía el conde de Maistre hablando de Shakespeare: «No cesaré de decirlo como de creerlo, el hombre no vale más que por lo que cree; quien nada cree, nada vale.»

Debemos la caridad á los hombres; mas no al diablo, ni al mal, ni al error, ni á la herejía, que matan la razón, la dignidad, el cuerpo y el alma.

San Ambrosio cerraba la puerta del templo al gran Emperador que habia hecho mas; escuchando al pecador arrepentido, vertía lágrimas de ternura.

Veuillot.

